

Singular Marcela Paz

Por María Carolina Geel

CUANDO entre aquellos que aman las grandes obras de ficción se inicia alguna charla sobre quienes las escriben, se llega siempre a una conclusión que, bien vista, no concluye nada, esto es: el misterio del arte literario y el misterio aún mayor de los grandes escritores. Se añade a ello otro elemento también huidizo como es la variedad de cultura, de doctrinas, linajes, latitudes. ¿Podría creerse entonces que tales variedades —que como consecuencia crean un número elevado de literatos— serían ordenamientos de una Providencia para bien enriquecer ese arte? Un intento de definición será siempre azaroso, tanto más que un enigma, no menor resulta la pareja intrepidez y el denuedo con que se entregan al quehacer de las letras los grandes, los medianos y los mínimos. Agreguemos, en fin, que las encuestas que se hacen preguntándoles por qué escriben no levantan ni una punta del gran velo.

Estas reflexiones y muchas otras ha despertado la gran escritora que se ha ido.

Marcela Paz ha sido de aquellos escritores cuya prevalencia, ajena a las sonoras ovaciones, creció, sin embargo, incontenible, segura, tranquila.

Alguna vez nos hemos referido a lo que llamaríamos el *ser* de una obra literaria, ese que la hace existir por sí misma, y si bien es hijo de las reminiscencias conscientes o inconscientes que habitan el espíritu de todo creador, hará de ellas un universo de animación propia. Y pues, se diría que allí en ese mundo tan prodigiosamente gestado, Marcela Paz acomodó a su pequeño personaje y lo dejó vivir, y caminar y discurrir por su cuenta, bien amparado. Allí desarrolló su cabal naturaleza, esa su vivaz condición que lo hace poseedor del más preciado de los atributos: la simpatía, unida a otro no menos amable, la espontaneidad.

Pequeño personaje al que nadie, niño, joven, viejo, dejará de amar. Y quizás no sean pocos los que también hayan formado nuestra misma trilogía: Papelucho, Alicia, El Principito. Pero digamos aquí también que no puede dejarse de fijar la atención en el encanto de los dibujos de Marcela Claro de Ruiz Tagle que ilustran la colección, contribuyendo mucho a su deliciosa lectura.

Se ha dicho que el autor de "Ulises", James Joyce, escribía en sus obras finales sobre "*realidades absolutas*" por caminos complicados, laberínticos (no en vano el joven héroe de su más hermosa novela "El Artista Adolescente" llamábase Dédalo), caminos que, a nuestro ver daban en la novela de clave llevada al extremo, llegando ese rebuscamiento,

piensa uno, a perder toda efectividad comunicativa de la expresión escrita, de la recta retórica, como es el caso de su obra última, "Finnegans Wake". Con la modestia que el caso requiere, nos atrevemos a hacer notar que el esfuerzo de creación lúdica que esta obra representó para su autor, termina dejando una sensación que, de seguro decirle, parecerá una osadía: la de trivialidad.

Y bien, este alcance joyceano ha tenido su origen en la gratísima relectura de la serie "Papelucho".

Su inimitable autora soslaya con maestría los difíciles escollos de una expresión infantil pronta, vivaz, por momentos veloz, con frecuencia "protestataire", y por momentos tierna, ternísima, con ciertos dejos socarrones... ¿Cuál es el secreto de esta realidad tan fiel? ¿Acaso la difícil, ardua sencillez de que hablaba Gide?

Pero hay también otra zona de la "taumaturgia" literaria, la que fue definida en muy breves términos por el francés André Maurois, como sigue: "Hay autobiografía hasta en un tratado de matemáticas". Esto, en la creadora de Papelucho, incide, como veremos, de modo muy directo. En una oportunidad, ante amigas comunes —Marta Villanueva, Marta Petit—, admiradoras de su talento, declaró con la llaneza que la distinguía y que hacía de ella una interlocutora interesante y de muy fino gracejo, que los acontecidos y reacciones de Papelucho eran "*los suyos propios de su infancia*", esto en un tono de algo así como que eso no costaba nada.

Cierto, todos recordamos, no cuesta nada, sólo ¡que...! lo demás viene por añadidura!

Pero vamos a aludir una vez más a Joyce para seguir abordando este "inmortal Papelucho", como se le ha llamado, alusión que ahora apunta a aquella parte de su obra que tuvo resonancia mundial: el denominado monólogo interior. Estrictamente, Joyce no fue su creador (se ha atribuido, por el propio Joyce a Eduardo Dujardin; a una norteamericana y a algún otro que no recordamos), no fue su creador, decimos, pero sí su realizador genial. Bueno, para resumir nuestra visión asociativa con la obra "Papelucho", observemos que si el monólogo de la Molly, heroína del Ulises, constituyó un consumado hallazgo literario, imitado hasta el impudor por millares de escritores —el cual hallazgo consumió más de cuarenta páginas en retahíla ininterrumpida—, bajo una luz distinta y una factura no menos eficaz, en Papelucho se crea un monólogo interior bien singular que recorre los pequeños tomos en un fluir de imágenes puras, familiarísimas, y con esa muy seria comicidad que salta de las observaciones de los niños, de sus vocablos surgidos a veces por



una lógica semántica irrefutable, *exempli gratia* "Algunos y algotros empezaron..."

En fin, quisiéramos hacer aquí, un poco al margen, una observación o balance si se quiere. La *pléyade* de mujeres escritoras de primera magnitud en nuestro país, abarca la primera mitad del siglo: Gabriela Mistral, María Luisa Bombal, Marcela Paz, Marta Brunet, entre las que cultivaron la creación y en mayoría prosistas; Amanda Labarca y Marta Vergara en memorias y ensayo, como se ve, también prosistas. Luego, en la segunda mitad aquella magnitud desciende (lo que no obsta para destacar algunas como Eliana Navarro, Rosa Cruchaga, en el ámbito de la poesía). Ahora bien, contrastando lo dicho, cabe otra observación de un hecho resaltante en esta segunda mitad del siglo: ha surgido, casi de pronto, una distinta *pléyade*: las grandes periodistas.

